

Amenaza y llegada de la promesa

Génesis 20 dice que Abraham partió hacia la región de Negev, en la región sur de la tierra de Canaán, y acampó entre Cades y Shur. Luego se fue a vivir a Gerar, tierra de los filisteos, y nuevamente emerge un problema cuando Abimelec, rey de Gerar, envía a buscar a Sara y la toma para sí, porque Abrahán la presenta como su hermana. Allí es donde Dios debe intervenir para que no suceda una tragedia con el rey, trayéndole una advertencia. Y le dijo: «Puedes darte por muerto, pues la mujer que has tomado ya es casada.»

Dios lo frenó justo antes que tuviera relaciones sexuales con ella. Miren la respuesta de Abimelec a Dios. Le dijo: «Señor, ¿acaso también a la gente inocente le quitas la vida? ¿Acaso no me dijo él: “Es mi hermana”? Y también ella dijo: “Es mi hermano”. ¡En esto yo he actuado con sinceridad de corazón, y tengo las manos limpias!» Observa cómo responde Dios. «También yo sé que has actuado con sinceridad de corazón. Y fui yo quien te impidió pecar contra mí; por eso no te permití que la tocaras. Ahora devuélvele a ese hombre su mujer, porque él es profeta y orará por ti. Así vivirás.»

Esta historia es sorprendente, pero analizando el libro de Génesis en la secuencia de hechos desde el capítulo número 12, observaremos que tenemos la misma lógica, ya presente en varios de estos últimos capítulos del primer libro de la Biblia. La de la promesa divina que Dios bendeciría a Abraham dándole un hijo y a partir de él, una multitud de descendientes y que ellos poseerían la tierra prometida, llegando a ser una bendición para las naciones. El matrimonio con Sara era vital que fuera preservado íntegro para este objetivo. Abraham actúa, aquí y en la otra ocasión, como uno de esos jugadores de fútbol que torpemente al final del partido, casi se meten un gol en contra. Da mucha pena, pero ¿por qué Abraham actúa de esa forma? Porque tan solo unos versículos antes Dios había renovado su promesa y él se manda esta nueva patinada. Es como si fuera el día de la boda: todo está preparado y de repente todo sale mal, la novia se cae, se lastima y parece que la celebración no tendrá lugar. ¡Imagínate! Todos vestidos de fiesta, los arreglos, la comida. Pues esa es la misma atmósfera de suspenso que se nos plantea en el libro de Génesis. Y todos se preguntan: ¿se cumplirá realmente la promesa divina? ¿Depende Dios del ser humano para que las cosas sucedan? ¿O es lo suficientemente capaz de hacer realidad su palabra? Y es que el lío que se crearía si Sara se convertía en la esposa de Abimelec, era universal.

Pero Dios interviene y Él no permite que esto destroce su plan. Dios reprende a Abimelec y Abraham queda nuevamente libre con Sara para proceder, siguiendo lo que Dios había dicho a través de su propia palabra. Y es interesante notar que esta relación entre Abraham y los filisteos, que también la vimos con los pueblos de Sodoma y sus alrededores, nos mostrará un tema importante que aparece en el texto bíblico, que es el papel de Abraham con las naciones. Dios había dicho claramente que Abraham sería una bendición para las naciones, que bendeciría a quienes lo bendijesen y maldeciría a quienes lo maldijesen, y ahora vemos que Abraham aparece como alguien que intercederá en nombre de las naciones a las que va a ir.

Él está yendo a varios lugares y allí su presencia a veces representa juicio venidero o consuelo divino. En ese sentido sorprende que Abraham fuera llamado profeta por Dios mismo como aparece en el versículo 7. Esta es la primera vez que aparece esa palabra en la Biblia. Profeta aquí significa intercesor y no en el sentido tradicional de la palabra. “...el es profeta y orará por ti, Así vivirás.”, y eso sucede. Abraham intercede por Abimelec, ellos hablan, aclaran las dificultades y toda la duda que había entre ellos. Abraham explica su debilidad a Abimélec. Fíjense lo que dice claramente en el versículo 11: “Pues simplemente pensé que aquí no hay temor de Dios, y que me matarían por causa de mi mujer.”

Además, dice Abraham: “Aunque la verdad es que sí es mi hermana. Es hija de mi padre, pero no hija de mi madre. Por eso la tomé por esposa.” ...por lo que Abimélec recibe la explicación de Abraham, pero que demuestra la fragilidad del gran padre de la fe. Sin embargo, Dios, en su bondad, hace que las cosas terminen adecuadamente para que Sara reciba una especie de reparación por la ofensa que le ha sucedido. Y el versículo 17 se enfoca en la bendición de Dios a través de Abraham para la nación de Abimélec y los filisteos. Es muy posible que Abimélec no sea un nombre, sino un título, así como rey, como faraón, según muchos investigadores. En el versículo 17, la Biblia presenta lo siguiente: “Entonces Abrahán oró a Dios, y Dios sanó a Abimelec, a su mujer y a sus siervas, y ellas tuvieron hijos, pues por causa de Sara, mujer de Abrahán, el Señor había cerrado completamente la matriz de toda mujer en la casa de Abimelec.”

Como ves el problema fue muy grave. Entonces, el texto pasa al capítulo 21 con este gran signo de interrogación: ¿llegará la promesa? Y el primer versículo, el texto inicia con estas palabras victoriosas de la promesa divina: “El Señor visitó a Sara y actuó en ella tal y como se lo había prometido. Y Sara concibió y le dio un hijo a Abrahán en su vejez, en el tiempo preciso que Dios le había anunciado. Al hijo que le nació a Abrahán, y que dio a luz Sara, Abrahán le puso por nombre Isaac. Abrahán circuncidó a su hijo Isaac a los ocho días de nacido, tal y como Dios se lo había ordenado. Cuando nació su hijo Isaac, Abrahán tenía cien años. Sara dijo entonces: «Dios me ha hecho reír, y todo el que lo sepa se reirá conmigo.» Y añadió: «¿Quién le hubiera dicho a Abrahán que yo, Sara, ¿habría de amamantar hijos? ¡Pues le he dado un hijo en su vejez!»”

Aquí la palabra de Dios finalmente demostrará ser veraz después de tantos años. Presta mucha atención: veinticinco años después, tras muchas pruebas, después de tanto suspenso, después de tanta posibilidad aparente de que por varias razones la promesa se frustraría, finalmente Dios muestra su bondad y nos muestra la gran verdad de que somos completamente dependientes de Él. La razón por la cual Dios hace lo que hace aquí en el capítulo 21, prolongando tanto el tiempo de cumplimiento de su promesa, es para dejar en claro que todo había sido hecho solo por Dios y no por la fuerza humana. ¿Retrasa Dios a propósito el cumplimiento de su promesa? No es un retraso, es a Su tiempo. Si Abraham hubiera tenido un hijo mucho tiempo antes, cuando Sara era aún más joven, tal vez alguien podría decir: ‘Bueno. fue una coincidencia, nacería de todos modos’. Pero la promesa del Creador reconstruye la fragilidad humana, reconstruye la historia de los fracasos en los seres humanos. Todo ocurre por la absoluta y completa acción de Dios. Se muestra

totalmente incuestionable e inequívoca aquí en el libro de Génesis. Y el texto luego dice: que la alegría está presente. Llega Isaac. Su nombre, ¡significa risa, alegría! Y Abrahán, mantiene su fidelidad al pacto con Dios al hacer la circuncisión de Isaac, reconociendo toda su casa que solo por Dios podría suceder esto y que en Isaac llega el cumplimiento de la gran promesa divina.

El texto bíblico muestra la secuencia de problemas que surgen de la falta de fe de Abraham y Sara, ya con la presencia de Isaac, pero que se arrastran del pasado, y que ahora enfrentan con Ismael, que era mucho mayor que Isaac. En el versículo nueve veremos que Ismael se estaba riendo de Isaac y que Sara protesta en defensa de su hijo y le dice a Abraham: “Echa fuera a esa esclava y a su hijo. Él no compartirá la herencia con mi hijo Isaac. ¡No lo permitiré!”

Abraham sufrió mucho por esto. Son resultados de nuestras elecciones poco pensadas, que afectan a mucha gente y esto es muy claro aquí. Pero, ¿qué alternativas tenía Abraham? La verdad es que no había mucha alternativa, sin embargo, Dios muestra su amabilidad y dice estas palabras: “«No te alteres por el muchacho y tu sierva. Haz todo lo que Sara te diga, porque Isaac es el hijo mediante el cual procederán tus descendientes. Yo también haré una nación de los descendientes del hijo de Agar, porque él también es hijo tuyo.»”

Luego Abraham toma un poco de pan, un odre o cuenco lleno de agua y se lo da a Agar. Ella se lo pone sobre sus hombros y se va con el niño por el desierto de Beerseba. Y aquí algo extraordinario va a suceder, algo que conmoverá el corazón de todos. El agua en el cuenco se agota, Agar y el niño están solos en el desierto y ella está aterrorizada, piensa que el niño va a morir y comienza a llorar, conforme nos informa el versículo 17. Y la Biblia dice que Dios oyó al niño sollozar, el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo y le dijo: “«Agar, ¿qué pasa? ¡No tengas miedo! Dios ha oído llorar al muchacho, allí tendido en el suelo. Ve a consolarlo, porque yo haré de su descendencia una gran nación.»”

Entonces fue salva su vida y la del niño, siendo objeto de la misericordia de Dios. Lo que nos sorprende a todos en esta escena es la gracia bondadosa de Dios. Dios no solo bendice a las naciones que no lo conocen, Dios no solo es amable al mantener su fidelidad a la promesa que le hizo a Abraham, sino que Dios incluso nos sorprende en el capítulo 21. Podríamos imaginar que Dios dejaría ir a Agar e Ismael, que se las arreglaran, que tal vez el chico muriera, pero no lo hace. Pero es también sorprendente porque los dos van al desierto. El desierto era el lugar donde la gente tenía miedo. Temían al desierto como un lugar donde vivían los demonios, y nadie iba allí para encontrar a Dios, pensaban los egipcios. Y ahí está Agar una esclava egipcia que apareció de manera complicada en la vida de Abraham y Sara junto con un hijo, que no es el de la promesa, solos en el desierto, lejos de una comunidad eclesíástica, lejos del pueblo de Dios, en el lugar menos esperado posible.

O sea, humanamente desamparados. Y ellos pensaban que por Dios también, pero aquí observamos que la gracia y la bondad de Dios son tan sorprendentes que una de las mayores experiencias espirituales en la Biblia, es una sorprendente manifestación de Dios mismo, el ángel de Dios hablándole en el lugar del desamparo,

trayéndole esperanza a Agar. Aquí encontramos que, aunque sea una simple esclava, una egipcia con el hijo que no es el de la promesa, después de una situación de desobediencia e incredulidad de parte de Abrahán y Sara, colocados en el lugar menos sagrado posible, que es el desierto, allí Dios en su bondad escuchó el grito del niño. Dios extiende su mano y su gracia se manifiesta y Agar e Ismael se salvan, mostrando las bendiciones de Dios que también llegan a otras naciones.

Y el texto sagrado termina mostrando otra vez la acción de Dios bendiciendo a las naciones a través de Abraham, cuando Abraham hace un trato con Abimélec después de una disputa sobre un problema de pozo y los dos firman este tratado. Y luego Abraham bendice su amigo Abimélec, quien reconoció que Dios estaba con él en todo lo que hizo. Y así, Abraham cumple una vez más la palabra divina, siendo bendición para las naciones.